

Biblioteca-Films

N.º 179 DINERO DELATOR 25
CTS.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 234

Centro de Repartos de Publicaciones
BARBARÁ, S.

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

NÚM. 172

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

TINTED MONEY
1924

Dinero Delator

Novela de la vida mundana aristocrática, de gran interés, por el simpático WILLIAM FAIRBANKS.

Exclusiva

Cinematógráica Verdaguér
Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

INTÉPRETES

Eva Adams Eva Novak
Carlos Carlton William Fairbanks

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

I



En la mansión de un millonario tampoco a veces se halla la felicidad que también sabe huir de donde abundan las riquezas, y la vida toma solamente el goce de placeres comprados. En el palacio del millonario Juan J. Carlton, magnate de la madera, siguiendo la costumbre americana de nombrar como reyes a los que monopolizan su respectiva industria, había escalado las altas cimas de la preponderancia comercial. Como es de suponer no lo ha conseguido en buena lid y los negocios oscuros, las maquinaciones secretas y otros muchos ardides de mala ley usados en América, le han proporcionado buena parte del capital que posee. En demostración de lo que acabamos de afirmar nos complacemos en presentarlo a los lectores en un misterioso conciliáculo con el señor Esteban Mars-

ton, secretario de la compañía maderera Adams, rival de la Carlton. Este traidor a la empresa que representa, le está informando de ciertos planes comerciales de sus enemigos, los Adams.

—¿Ha podido usted explorar el ánimo de Adams?... ¿Sabe usted si me venderá o no sus bosques?

—No está muy decidido a hacerlo, pero no será difícil que le obliguemos... aunque sea por medios sagaces y disimulados.

—Pero no ha dejado traslucir en alguna conversación cuál debe ser su interés en este asunto?

—Actualmente sólo le preocupa el regreso de su hermosa hija Eva que ha terminado sus estudios y pasará unos días en su compañía...

—Ya sabe usted que yo le recompensaré espléndidamente sus informes. Considere que sin la madera de Adams no podré cumplir mis contratos con mi sola madera y esto puede causarme un serio conflicto con mis clientes...

—Así es verdaderamente la situación y en el mercado no se habla de otra cosa.

—Adams tiene en usted mucha confianza como director de su negocio y a usted toca el convencerlo de que me la venda... además, ya sabe usted que yo tengo armas mediante las cuales está usted en mi poder, señor Marston.

—En efecto, no lo he olvidado.

—Recuerde usted aquel cheque que falsificó usted y que conservo para obligarle a que acate mis mandatos...

—Espiare cuánto haga Adams, pero no desearía que su hija se enterara, porque abrigó la esperanza de casarme con ella antes de poco... es un buen partido y esto solucionaría mi situación.

—No se ocupe ahora de la hija y piense únicamente en la madera que estoy necesitando, en el cheque y en la cárcel... caso de que no me secunde usted.

—Le serviré a usted con el mayor celo, señor Carlton... puede usted contar absolutamente conmigo...

Después de estrechar la mano del hombre que podía disponer de su vida, Marston salió del despacho. Era un hombre de unos 35 años bien conservado gracias al cuidado que ponía en aparecer joven y su porte era distinguido.

Al quedarse solo Carlton se puso pensativo. En realidad su situación era base de la madera que le sirviera Adams y con el siguiente aumento de precio y el no poder hacerlo era para él el descrédito más absoluto.

Trasladémonos ahora al despacho de Adams, también como hemos indicado comerciante en madera, buen padre, excelente principal para sus encargados y obreros y hombre de buena fe que había escalado la

fortuna poco a poco y por la medida en los precios y la buena calidad de las maderas que explotaba en sus bosques que ocupaban una gran extensión de tierra. Por un momento, Adams ha dejado sus negocios para encerrarse en su despacho con su hija a la que asedia a preguntas...

—Dime, Eva, ¿estás satisfecha del trato que te dan en el pensionado?

—Sí, papá, se muestran muy amables conmigo y satisfacen todos mis caprichos...

—Entonces supongo que será para ti una delicia pasar allí otro curso para completar tu educación...

—Como tú quieras, pero con los conocimientos adquiridos ya podría yo ocupar un sitio en tu despacho y ayudarte en las tareas de la contabilidad y administración.

—Ya volveremos más tarde a discutir este asunto; deja que reciba ahora al ingeniero Campbell que ha solicitado verme con urgencia.

Momentos después entraba en el despacho el mencionado ingeniero, joven aún, y denotando en su semblante la energía y ganas de trabajar de que estaba poseído. Dirigiéndose a Adams le dijo:

—Permítame antes de ponerle al corriente de un grave asunto que salude a su hija Eva y la felicite por la terminación del primer grado de sus estudios comerciales.

—Muchas gracias, señor Campbell—dijo



Eva no podía disimular a su padre su amor por Carlos...

Eva, estrechando la mano del ingeniero—, ya sé también por mi padre que está usted realizando una labor muy provechosa para los intereses de todos y que nuestra explotación maderera, gracias a usted, es la más próspera de la comarca.

—Su papá se merece que todos le ayudemos aun cuando sospecho de que en la casa hay alguien que no le secunda con la recta intención que sería de desear.

Adams intervino en la conversación preguntando:

—¿A quién se refiere usted, señor Campbell...?

—Tengo mis motivos, y en reserva le diré a usted que la conducta de Marston no me satisface...

—¿En qué funda usted sus sospechas?

—En las frecuentes visitas que hace a casa de nuestro competidor Carlton, que por las operaciones realizadas últimamente parece que esté al corriente de nuestros planes comerciales...

—¿Y era ésta la noticia grave que tenía usted que comunicarme...?

—Esa era en efecto, sí, señor, porque me parece que entraña la suficiente gravedad el caso de que dentro de la casa nos estén espiando...

—¿Y no tiene usted nada más que comunicarme?

—Como en la vida, señor Adams, todo se balancea, hay otra noticia que podría beneficiarnos explotando la oportunidad debidamente.

—¿De qué se trata?

—Sencillamente, que ayer se declaró un formidable incendio en las explotaciones madereras de Carlton destruyendo casi todas las existencias que tenía almacenadas...

—Entonces ahora me explicó por qué me mandó un telegrama ofreciendo en principio comprar toda mi madera...

—Naturalmente, papá, ahora no podrá

cumplir sus pedidos y necesita de tu madera para poder cumplirlos, pues de lo contrario perderá toda la clientela escamada por la falta de cumplimiento a sus promesas...

—No sé lo que hacer si paga a buen precio; tentado estoy de hacer esta operación.

—No la hagas, papá—dijo Eva, que estaba ya dando pruebas de un buen talento comercial—. Has de fijarte en que de todos modos tu madera se venderá y que cediéndola en pequeñas partidas ganarás más dinero y de paso obtendrás clientes que hasta hoy son adictos absolutos de Carlton...

—Hija mía, veo que verdaderamente ya no es necesario que vuelvas al colegio, pues dispones de aptitudes y hasta me das buenos consejos...

—Para que veas, papá, que ya puedes darme un sueldo y una plaza en tus oficinas seguro de que no tirarás tu dinero por bien que me pagues...

—Aceptado; serás mi secretaria comercial y ganarás cien dólares a la semana.

—Este era mi sueño dorado, papá, pero te suplico especialmente que no vendas la madera aun cuando te la paguen a precio de oro... El destruir un competidor siempre será un acto de buena táctica comercial...

—Tienes razón, Eva, pero tú no sabes que Carlton es un hombre astuto y que invirtió una suma considerable en hacer construir un camino para trasladar las maderas y

que siendo este camino de su exclusiva propiedad no podemos nosotros trasladar las maderas sin su expreso consentimiento. De forma que si a él no le da la gana, nosotros hemos de quedarnos con las maderas en conserva como no las traslademos en avión...

—No creo que esto sea un embotellamiento definitivo ni una esclavitud eterna, también nosotros podemos construir un camino para dar salida a la mercancía.

—Hija mía, tienes un imperialismo comercial como buena americana y esto me llena de orgullo como padre, como comerciante y como americano.

—Déjate guiar por mis consejos que llevo fresquitas las enseñanzas del colegio y verás cómo a ese endemoniado Carlton le ponemos las peras a cuarto.

II

En tanto y mientras este diálogo tenía lugar en el despacho de Adams uno de los principales actores de esta breve novelita que pinta de modo indudable las grandes intrigas comerciales de Norteamérica se hallaba dando rienda suelta a sus expansiones juve-

niles. Nos referimos a Carlos Carlton, hijo del maderero rival de Adams y joven simpático a más y poder, pero cuya existencia se deslizaba dentro de la más completa inutilidad para su padre que estaba ya bastante harto de la manera cómo su hijo tiraba tiempo y dinero, ambas cosas consideradas como inapreciables tesoros por el autor de sus días y, ¡ay!, también de sus noches, que era lo que el joven más apreciaba...

Cuando lo presentamos a nuestros lectores, Carlos desciende de un salto de su estupendo coche de sport y empieza a subir las escaleras que conducen a su habitación particular cuando tropieza con el lechero, símbolo y demostración de la hora matutina en que regresa a su casa. Pero no es esto lo peor, en lo alto de la escalera le espera su padre cruzado de brazos y en actitud poco tranquilizadora...

Cuando llega al último peldaño, cosa no del todo fácil, porque posee en su estómago un cargamento de whisky sin que los guardias se lo decomisen, su padre le agarra por las solapas del smoking y le dice:

—Bien, caballero de la mona continua... y de dónde venimos ahora...?

—Nada, papá, que se me ha parado el reloj por haberme caído dentro de una copa de champaña y no me he dado cuenta de que pasaba el tiempo...

—Pues, hijo mío, eso ya no volverá a pa-

sarte.. o al menos no será mi dinero el que pague estos experimentos químicos relojeros...

—¿Qué dices, papá?

—Que de hoy en adelante gastarás tu dinero... pero no el mío.. es decir, que te largues cuanto antes y que aprendas a trabajar porque ya estoy harto de mantener vagos...

—Como quieras, papá, si antes me apuras y no me das dinero te diré que también sin tu ayuda me atrevo a pasar la vida...

—Pero no la pasarás en un sueño ni bañándote en champaña...

—Fué un ensayo, papá.. ya sabes que soy de buena madera...

—De madera ni me hables.. si tú trabajaras ya no me quedaría un solo tablero en la estiba... pero en fin, la que necesito ahora es la de Adams.. que no querrá vendérmela...

—Pues, papá, si yo fuera director general convencería a Adams, a Eva y a todas las fieras del paraíso... pero tendrías que darme un año de sueldo por adelantado...

—Fuera de mi presencia, desvergonzado— gritó Carlton...

Carlitos viendo que la cosa se ponía seria dió media vuelta y largóse hacia su habitación para ponerse fuera del alcance de los puños de su padre, cuya cólera era de temer y mucho más del mal humor que estaba ante los contratiempos comerciales de que era víctima.



Carlitos, a pesar de sus defectos conocía de sobras el carácter de su padre y sabía perfectamente que sus órdenes no admitían réplica. Así es que al día siguiente preparó su modesto equipaje y con los restos de su dinero del mes, que por cierto eran pocos, se dispuso a empezar una nueva vida, no por amor al trabajo que detestaba en lo más hondo de su corazón, si no porque la ley imperiosa de la necesidad así lo exigía, y se propuso trabajar... por vez primera en su vida. Pasó revisita a sus conocimientos técnicos... pero sólo sabía beber... podía instalar un bar, pero le faltaba dinero. Después de meditarlo mucho optó por adquirir a plazos un auto taxi de tercera o cuarta mano y dedicarse al negocio de trasladar viajeros dentro y fuera de la capital...

III

Unas horas después o sea cerca del medio-día Carlitos, vestido de chófer y empuñando el volante de una cafetera, cuyo ruido delataba su presencia a medio kilómetro de distancia, lo que le ahorraba el tener que usar la bocina, llevaba en el interior del armatoste

a un joven que se trasladaba a las afueras. Al llegar a un sitio de la carretera poco frecuentado, el primer cliente apeóse y como no llevaba suelto, pues tratábase de un jovencito tan calavera como él había sido hacía solamente 24 horas, le dió en pago una botella de licor. Entonces ocurrió algo insólito. Carlitos estrelló la botella contra el guardabarro y replicó:

—No me pague si no tiene dinero... pero no trate de lanzarme al vicio que he aborrecido toda la vida... desde ayer...

Marchóse el opulento cliente dando traspies y Carlitos sentóse en el estribo de su tarata a bencina meditando...

—Pues señor, bien empieza mi flamante negocio...

En estos pensamientos estaba cuando vió a lo lejos una joven que trataba en vano de dominar su caballo que galopaba frenéticamente.

El caballo no obedecía a la brida y los esfuerzos de la joven por detenerlo sólo conducían a que el bruto hiciera varios extraños ejercicios que hicieron perder los estribos a la amazona y que amenazaban con dar en tierra con ella... Carlos, que entendía también algo de los lances del noble arte de montar a caballo, comprendió claramente que la joven podía ser víctima de un accidente y se apresuró a tomar su cafetera a la que dió

toda la velocidad posible para ver de alcanzar a la joven...

Así lo hizo y pronto hallóse junto al caballo que asustado por el ruido del coche emprendió más veloz marcha... pero Carlitos exigió a la cafetera su máximo esfuerzo y llegó a colocarse cerca del caballo.

Abandonando el asiento del volante colocóse en el estribo y abandonando el coche saltó a la grupa del caballo que detuvo en pocos momentos, pues la acción combinada del peso en la grupa que era doble y su mano de hierro tirando de la brida a intervalos le quitó toda acción que le permitiera galopar...

Sin embargo, en esta acción caballeresca hubo su víctima inocente y ésta fué el auto que sin gobierno fué a despeñarse al fondo de un barranco donde quedó tendido ruedas al aire como satisfecho de poder al fin descansar de su larga vida de taxi...

Eva, que ésta era la jovencita que había sido salvada por Carlton, algo repuesta ya del susto le dijo a Carlitos, lejos de sospechar que fuera hijo del rival de su padre en los negocios madereros:

Joven, cuánto lamento que su acto generoso haya sido para usted motivo de la pérdida de su coche...

—No tiene importancia, ese trasto estaba destinado a destrozarse y usted sólo ha contribuido a adelantar unos momentos su agonía...

—Sin embargo, su comportamiento bien merece una recompensa y para que no se quede usted sin trabajo voy a presentarle a usted a mi papá para que le dé una colocación de chófer en nuestra casa... eso sin que mi agradecimiento se considere saldado ni se olvide nunca la acción que acaba usted de realizar...

—Señorita, yo no merezco, francamente, que usted se interese tanto por mí.

—Mucho más merece usted, joven, en fin venga mañana a vernos. Mi padre se llama Jacobo Adams, vivimos en la Avenida Hampton, hotel 39.

—No faltaré para complacerla a usted, señorita, y porque mi situación no permite despreciar tan brillante oportunidad...

En efecto, al día siguiente se personó Carlos en el despacho del señor Adams, en cuya antesala hubo de esperar unos momentos. Mientras esperaba llegaron a su oído las palabras que por ser pronunciadas en alta voz denotaban el interés de cierta conversación... que aunque mencionaba a su padre a él le tenía sin cuidado por la razón de que estaba en las malas relaciones que sabemos respecto a él... aunque no podía columbrar exactamente de lo que se trataba comprendió que era su padre en su avaricia y afán de lujo quien había intentado algo para copar la madera de Adams y ~~na dianulole salida libre~~

comprarla luego a cualquier precio para beneficiarse con un fantástico precio puesto caprichosa y abusivamente por él...

IV

Al día siguiente por la mañana se presentó Carlitos vestido con un flamante uniforme de chófer a prestar servicio, pero al ver que se trataba de partir para el campo cambió inmediatamente por su gorra de sport, americana de punto y holgado pantalón a la moda actual. Mientras él esperaba abajo con el coche, que por cierto era un magnífico torpedo de sport digno de sus manos, en el despacho se desarrollaba una vez más entre Adams, su hija y Campbell, la cuestión de si se vendía o no a Carlton la madera.

—Campbell—decía Eva—, he sabido que Carlton está desesperado porque no tiene la certeza todavía de que le vendamos la madera que sus clientes ya le están reclamando...

—Pues que se espere, porque todavía no estamos decididos a contribuir para que otro competidor se enriquezca confiando en nosotros...



La situación era apurada, sólo un rasgo de valor podía salvarles...

—No sé por qué hemos de transigir—agregó la astuta Eva—. Nosotros tenemos la madera y no tenemos el camino; pero él camino y le falta la madera, de modo que las fuerzas están equilibradas por completo...

—Tienes razón, hija mía—dijo Adams—, las negociaciones deben llevarse de potencia a potencia y no prestándonos humillados a que nos compre a diez y venda luego a cien...

—Me parece, papá, que podríamos salir del apuro sin pactar para nada con Carlton...

Ayer en mi paseo a caballo que por cierto por poco acabó de una manera trágica examiné el terreno...

—¿Cómo, hija mía? ¿Has dicho que por poco termina de una manera trágica...?

—Sí, papá, y no lo fué gracias a la intervención de un joven que espera abajo en el coche y que será nuestro chófer. Pero lo esencial es que estoy sana y salva; pero volvamos a lo del camino. Ayer como te decía, observé que dando un rodeo por el pico de Turner, que linda con los terrenos de Carlton, podríamos, con ayuda de fuertes explosivos, construir un camino que diera salida a la madera compensándonos del gasto hecho el precio a que podríamos vender y librándonos para siempre del vasallaje de Carlton que cada día serás más exigente con nosotros.

—Tienes excelentes ideas, hija mía; pero antes vamos a Norwood para examinar si este proyecto es factible de llevarse a la práctica...

Descendieron todos y al pie de la escalinata Eva presentó a Carlos a su padre diciendo:

—Ahí tienes al héroe al que debo la vida, papá... y además tendrás que indemnizarle del coche que perdió para poder sujetar a tiempo mi caballo...

—Así se hará, y ahora, joven, en camino hacia Norwood.

En el auto iba Marston, que mal de su gra-

do tenía que sumarse a la campaña contra Carlton, a quien quería poner al corriente luego de todo lo que se tramaba entre Campbelt, el padre de Eva, ésta, y Carlos guiando a todo gas...

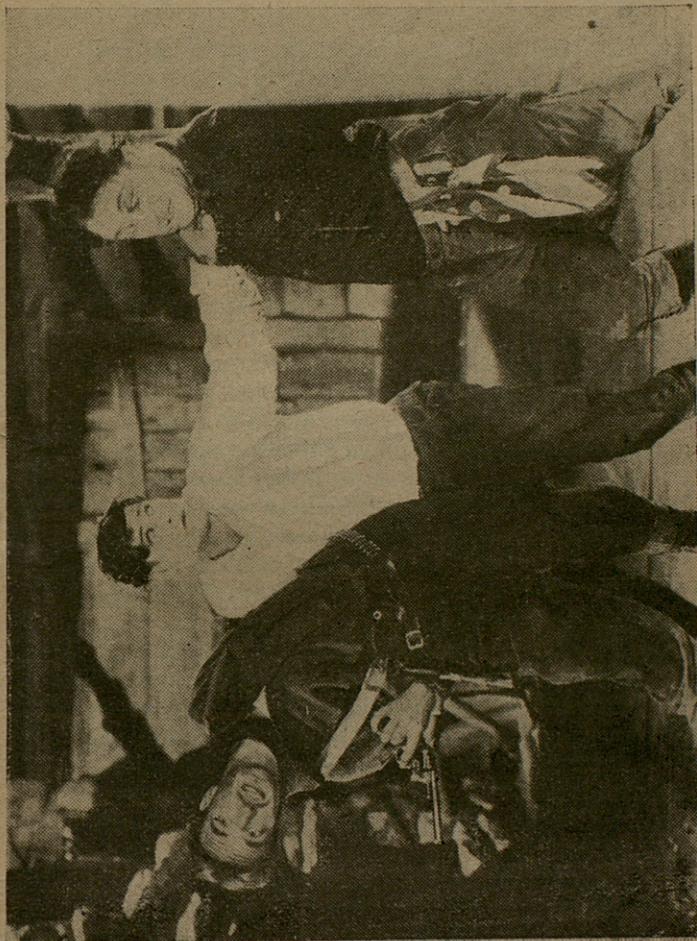
Marston, como ya hemos apuntado al principio de nuestra narración, abrigaba la esperanza de casarse con Eva para realizar así su suprema aspiración de poseer una fortuna sin gran esfuerzo... Para ello había preparado un plan completamente teatral que él suponía iba a decidir a la joven a aceptar su amor. De acuerdo con unos vagabundos, a los que había entregado un revólver cargado con cartuchos sin bala, tenía preparado el secuestro de Eva, para después él lucirse rescatándola a tiro limpio como un héroe de leyenda novelesca. No hay que decir que también en su revólver faltaban las balas siendo cartuchos con pólvora sola.

Faltaba para que el plan diera resultado el alejar a Carlitos que no le daba buena espina. Acabó de parecerle sospechoso el famoso chófer cuando Eva dijo que prefería ir en el asiento delantero junto al joven que guiaba con tanta maestría y elegancia... Marston, cuando creyó llegado el momento ordenó a Carlos que fuera a buscar unos planos y cuando se hubo alejado hizo la señal convenida a los comparsas que estaban esperando el momento de entrar en acción...

Acudieron éstos, raptaron a la joven... y

cuando se la llevaban hacia una cabaña solitaria saltó toda la escenografía debido a que por una parte no habían contado con la ligereza de piernas de Carlos y éste por su parte temiendo con razón que le alejaban para traer algo regresó con una rapidez que desbarató toda la comedia. Carlitos, creyendo que iba de veras se lió a tortazo limpio y los comparsas creyendo que con el revólver le amedrantarían empezaron a disparar, pero Carlitos redobló sus saltos y con una lluvia de tortas espantosa los puso en fuga... conquistando incluso el armamento... Resultado que cuando Marston acudió con su famoso revólver Carlos lo tomó o fingió tomarlo por un facineroso, le arrebató el arma y disparó sobre los supuestos bandidos, pero le extrañó que ninguno cayera herido a pesar de su probada y excelente puntería. Examinó el arma y como un relámpago iluminó su imaginación la verdad de lo ocurrido...

—Ahora comprendo, señor Marston... pero cuando quiera usted pasar por héroe de veras ponga balas en los cartuchos... o váyase a un escenario a representar que conmigo ciertas cosas no cuelan...



V

Desde aquel día el odio que Marston profesó a Carlitos no es para descrito. En tanto las obras bajo la personal vigilancia de Eva y la dirección técnica de Campbell iban prosperando. El camino empezaba a insinuarse y por otra parte Carlos ya sabía a qué atenerse respecto a Marston, pues le había sorprendido en conferencias telefónicas con su padre, informándole de la marcha de las obras. Pero se guardó sus sospechas no dejando, sin embargo, de espiar las maniobras de Marston.

Este, de acuerdo con Carlton y ante el incesante avance de las obras que se llevaban adelante con gran rapidez, trató de oponerse por la violencia a que la carretera siguiera construyéndose. Su plan era tan infernal como seguro, demostrando hasta qué punto puede llegar los diversos aspectos de una rivalidad comercial.

Sencillamente, Carlton de acuerdo con Marston, trató de volar con dinamita un alto promontorio que recaía sobre la carretera a fin de que al desprenderse la enorme canti-

dad de tierra cayera como un alud sobre las obras, destruyendo por completo el trabajo de más de doscientos obreros en unas tres semanas de laborar día y noche, relevándose sin descanso. Sus órdenes habían sido terminantes.

—A la una en punto, cuando los hombres de Adams estén almorzando provocas la explosión y todo su trabajo quedará destruído...

Para asegurar mejor su plan habían tratado de sobornar a Murray o sea a Carlos, que había tomado este nombre, pero sus tentativas resultaron completamente infructuosas, por lo que Marston hubo de informar a Carlton que ni con el chófer de confianza ni con el ingeniero Campbell se podía contar para nada que fuera contrario a los intereses de Adams.., mas cuando menos podían esperarlo un detalle insignificante en sí, pero de gran importancia para los que no estaban al corriente de ciertos pormenores vino a sembrar la duda en el ánimo de Adams. Carlos, al cambiar de vida había adóptado el nombre de Juan Murray, pero había conservado como único recuerdo un magnífico reloj obsequio de su padre. En este reloj y en una de sus tapas existía la dedicatoria que decía: "A mi hijo Carlos Carlton en prueba del cariño de su padre Jacobo Carlton".

Este descubrimiento en manos de Marston, vendido en cuerpo y alma a Carlton, fué de gran trascendencia. Nada dijo a Carlton de

que su hijo se halaba trabajando en el campo contrario, pero procuró hacer nacer la duda en el ánimo de Adams diciéndole:

—Este reloj habla y la cosa está clara... el padre ha mandado al hijo a nuestro campo para que le sirva de espía. Pero a estas horas mis hombres ya lo habrán secuestrado y no podrá llevar a cabo su intento de que se paralice el trabajo en nuestra carretera.

Tan bien fingía Marston su papel que Adams creyó en sus palabras. Eva recibió el más rudo golpe de su vida y lloró amargamente, descubriendo entonces lo que siempre había llevado oculto en su corazón, que amaba al joven chófer. De ahí que aquel desengaño la haya hecho gustar las heces del desencañto mayor de una mujer al ver que no es amada, que sólo se la corteja para obtener de ella ciertas ventajas comerciales que nada tienen que ver con el amor.

Pero los acontecimientos iban precipitándose; había llegado para todos la hora de juzgar la última carta. Marston quería deshacerse de Carlton y le había dado cita en una cabaña solitaria diciéndole para que acudiera que Juan Murray, chófer y hombre de confianza de Adams, estaba en la cabaña cerca de donde había de provocarse la explosión y por lo tanto bajo los terribles efectos de la misma. Cuando Marston tuvo a Carlton en la cabaña cercana y a la hora de la formi-

dable explosión le dijo en tono de burla sarcástica:

—El lugar adonde va usted a ir a parar con este cheque le servirá de poca cosa y no creo que pueda usted denunciarme a las autoridades celestiales que le contestarían a usted con música ídem de ídem...

Momentos después los secuaces malévolos del infame Marston llegaban también a la cabaña, siendo portadores de Juan Murray, es decir, de Carlos Carlton, quien se halló frente a frente con su padre, pero sin que el uno pudiera prestar socorro al otro. La situación llegaba a su período más trágico y la más horrible de las muertes esperaba al padre y al hijo a un mismo tiempo...

Eva estaba desolada. En la lucha que ella y Campbell habían sostenido para salvar a Juan contra los esbirros a sueldo de Marston había resultado el ingeniero noble y bondadoso con una herida inferida con un cuchillo... y la hermosa joven sin poder olvidar el desengaño de su amor cuidaba al herido con toda solicitud...

Todo parecía, pues, estar de la parte del malvado Marston que ya decía para sí encogido de satisfacción:

—Pues, señor, el plan está rematado con toda minuciosidad... Me caso con Eva que está convencida de que su famoso chófer es un traidor. Carlton desaparece en la explosión y yo me hago cargo de su fortuna y sir-

vo todos los pedidos pendientes al precio que me dé la gana con la madera de Adams que no la puede vender si no me la cede a mí, con lo cual redondeo el golpe, me redondeo yo y luego liquido el negocio por lo que den... y me marcho a Egipto con unos cuantos millones y allí me doy vida de Rajah...

Pero no contaba con la tenacidad de una joven americana... y con la fuerza del amor contra la cual todas las cobardes maquinaciones están destinadas a estrellarse. Eva no podía creer que Carlos fuera culpable y sabiendo que el hombre que aun cuando la doliera confesarlo ella amaba con toda la fuerza de su alma estaba en peligro acudió a salvarle.

Tomó su caballo y fué a escalar la pequeña colina donde estaba enclavada la cabaña donde Carlos y su padre esperaban la muerte.

Faltaban pocos minutos para la una y la joven sintió que el corazón estallaba en su pecho... la angustia era enorme, los segundos volaban y el caballo volaba también llevando la salvación, la felicidad, la riqueza y la vindicación para dos hombres...

Marston trataba en aquel momento de pegar fuego a la mecha, porque el aparato eléctrico para provocar la explosión estaba inservible... o no lo habían conectado bien... Eva echó pie a tierra frente a la cabaña y desató las ligaduras... los tres echaron a co-



...y Eva logró desenmascarar al infame que traicionaba a su padre.

rrer bendiciendo a la joven que tan noblemente se había portado...

En aquel momento retumbó la tierra, vibraron los árboles del bosque como si fueran débiles plantas y el aire poblóse de piedras, de humo, de troncos desgajados... un alarido de terror resonó en todas las gargantas y la multitud de trabajadores lanzóse hacia la cabaña... Pero un aluvión de tierra que cegó la carretera les impidió avanzar...

Un silencio de muerte siguió al fragor de

la explosión... Nadie se atrevía a dar un paso... Campbell que a pesar de su herida salió de las oficinas instaladas al pie de la carretera, pudo ver cómo un gran bloque de piedra cumplía la justicia de Dios aplastando como a una serpiente vil al maldito Marston que quedó hecho un montón de sangrientas piltrafas...

Cuando mayor era la ansiedad, cuando con mayor angustia latían los corazones, cuando ya se desesperaba de hallar a Eva, a Carlos y al señor Carlton, éstos aparecieron entre los árboles... Llevaban las ropas chamuscadas, llenas de tierra las caras, jadeante el cuerpo, perdida la mirada... mas bien parecían espectros salidos del mismísimo cráter de la muerte que seres vivientes...

Fueron solícitamente atendidos y momentos después, apenas borrada la terrible impresión, se reunieron los que hasta momentos antes habían sido enemigos irreconciliables. Campbell presidía como intermediario aquella junta de paz.

Adams fué el primero en romper el silencio.

—Estoy dispuesto a venderles mi stock de madera si para el futuro llegamos a un acuerdo sobre la utilización del camino...

Y dijo Carlton:

—Concedido, mi buen amigo, ya la rivalidad puede darse por terminada.

—Así había de ser—agregó Eva—, de la

convulsión de la tierra, del choque de las pasiones, ha salido la aurora de paz que nos ha hecho ver claro a todos, iluminando nuestras almas con luces eternas de amor... Desde hoy las dos compañías rivales, puestas de acuerdo, dominarán al mundo...

Carlitos entonces llamó aparte a Eva y le dijo asíéndola por la cintura y besándola con la mirada...

—Toma asiento a mi lado... ¡Te acuerdas cuando ibas a mi lado en el volante, cuántas veces habíamos estado a punto de estrellarnos por beber yo la felicidad en el destello de tus ojos...?

—Sí, Carlos, y lo que la aparente diferencia de clases no me dejó decir te lo digo ahora... para una muchacha americana el decir que ama a un hombre no es vergonzoso, al contrario demuestra la nobleza y la falta de hipocresía... te amo y quiero ser tu esposa y entonces... entonces... sabré si eres de buena madera...

Un beso largo y apasionado como de roble... y

FIN

El Conde Ricardito

*Linda comedia de amor por el
apuesto galán joven, ídolo del
bello sexo y admiración de todos*

Ricardito Talmadge

— *y* —
Eva Gregory

*será la película que publi-
cará esta Biblioteca en su*

PROXIMO NUMERO



POSTAL

Charles Jones

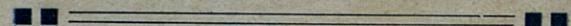
25 céntimos



E
¡ ACONTECIMIENTO ARTISTICO !

EN

FILMS DE AMOR



No deje usted de leer la delicada novela
amorosa, cuyo asunto cautiva y emociona

El Caballero de la Rosa

obra maestra de fama mundial, interpre-
tada por vuestros artistas predilectos

Hugete Duflos

la divina artista, gloria de la pantalla

v

Jaque Catelain

el hombre más guapo del mundo

• •

• •

64 páginas de texto
Cubierta a todo color **50 céntimos**

SOLICITAMOS CORRESPONSALES. REMITIMOS
CATÁLOGOS GRATIS. SERVIMOS NÚMEROS
SUELTOS, PREVIO ENVIO DE SU IMPORTE

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707-Barcelona

